

Para siempre extinguiéndose, y envueltos de gotas de astros en la inmensa lluvia, caen pueblos y Césares, disueltos en aquel mar de mundos que diluvia.

Y con ellos, los ídolos caían del galo, el indo, el griego y el romano, en las pardas tinieblas que se hundían, como el fango que se hunde en un pantano.

Se oyó, al fin, de la nada en el vacío un grito general, áspero y fuerte. . . Después ¡silencio, lobreguez y frío, noche, reposo, soledad y muerte!

Vagando, no del todo evaporados, circulan, aun dispersos, por la esfera los átomos de mundos destrozados... mas después, ni los átomos siquiera.

Así, desde el reinado de Tiberio, no dejando más huellas que sus nombres, fueron sólo el Olimpo y el imperio un eco en la memoria de los hombres.

Y el Cristo, ante los justos, olvidando del mundo antiguo el funeral destino, la mano en el vacío adelantando, —¡Vamos!— dice, y prosiguen su camino.

ESCENA XLV

Descendió á los infernos

LUGAR DE LA ESCENA: *In inferis*

PERSONAJES

EL CRISTO. — LOS ÁNGELES. — JESÚS EL MAGO. — LOS SANTOS PADRES. — HONORIO. — LOS NIÑOS DEL LIMBO. — LOS CONDENADOS.

ARGUMENTO

Siguen su camino el Redentor y los que le esperaban en el Seno de Abrahán, y salen de la nada.

Llegan al Limbo, y los niños cercan al Cristo pidiéndole que los salve. El Hijo envía un ángel al Padre á implorar de su misericordia que le permita redimirlos, como al hombre, con otra nueva crucifixión; pero el ángel vuelve, y de orden del Padre le manda continuar su camino. Crucifixión moral del Cristo por no poder redimir á los niños que murieron sin bautismo.

Pasan cerca del verdadero infierno, donde el Rico Avariento, en nombre de los condenados, pide al Cristo que los redima en el infierno, como al hombre en la tierra Nueva crucifixión moral de Jesucristo. Saliendo del infierno, se abraza á la cruz en que fué crucificado, como si fuese un lugar de descanso, hallando más intolerable el dolor moral que el mal físico.

Ruego del inmenso amor del Hijo á la infinita justicia del Padre. La vida del hombre es una verdadera expiación de sus culpas y pecados.

Cuando detrás del Redentor seguían, formando líneas de ondulantes eses, las sombras de los justos parecían una larga alameda de cipreses.

De la nada cruzando el hondo abismo, gime el Cristo al andar, de trecho en trecho, y hablando va como consigo mismo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hallando al fin de una penosa vía, entre un vapor como la sombra leve, el limbo de los niños, que tenía el color blanquecino de la nieve,

Miran cernear al Redentor divino á los niños, cual pálidas y huecas, llevadas por la brisa en torbellino, amarillentas van las hojas secas.

Sigue Cristo á los niños contemplando con alma tierna, de dolor partida; y los niños le ven, como mirando la primera esperanza de la vida.

Con inmensa bondad, piensa el Ungido en juntar un tormento á otro tormento, de las hondas heridas que ha sufrido, ensangrentado aun su pensamiento.

Y tanto la orfandad, el Cristo siente, de los niños, que imploran de rodillas, que el sudor que corría por su frente inundó sus escualidas mejillas.

— ¡Bendíganos! dice uno, el que bendice. — ¡Redímenos! grita otro; y el Dios santo, — Ve al cielo y ruega al Padre, á un ángel dice, que los pueda salvar ó me dé llanto. —

Lleva el mensaje á la mansión divina de aquel que es siempre del amor espejo, el ángel, que tras sí, cuando camina, va dejando una luz como un reflejo.

De este modo aquel mártir voluntario, que ayer su sangre por el hombre vierte, comienza de su espíritu el calvario, dolor moral, crucifixión sin muerte.

Aguarda al ángel con profundo anhelo; alza sus brazos cárdenos y enjutos, y al Padre suplicando, mira al cielo, devorando unos siglos de minutos.

Mas pronto por los aires, rutilante, volviendo triste el ángel mensajero, le dice de rodillas: «¡Adelante! la justicia de Dios es lo primero.

» ¡No quieras redimir lo irredimible, ni olvide tu alma, á perdonar propicia, que es el Dios del perdón el Dios terrible, grande en bondad é inmenso en su justicia!

» Quiere sólo, Señor, lo que ha querido tu eterno Padre y nuestro Dios augusto, porque siempre ha de ser, como ya ha sido, mientras Dios sea Dios, lo justo justo.»

Los ojos levantando á las estrellas con profundo dolor Cristo, obediente, cruzó las manos, saludó con ellas, y prosiguió marchando tristemente.

Al mirar que los justos se alejaban, á sus madres llamando sin consuelo, los niños de rodillas exclamaban: — ¡No hay piedad en la tierra ni en el cielo.

— ¡Señor, Señor! el ángel le decía, ¡no dejes que te abata la tristeza! — Pero el Cristo, al andar, no se atrevía á volver, por no verlos, la cabeza.

Después, como la boca de un gran horno, el infierno mayor ven entreabierto, y sienten, al pasar, un gran bochorno, cual un viento de fuego del desierto.

Viendo el Cristo aquel antro tan horrible, la fuente de sus lágrimas se agota, y al ver tanto dolor irredimible, paladeaba el martirio gota á gota.

Y allí los condenados acudieron, y en torno de ellos, con inmenso ruido, tantos fantasmas con dolor rugieron, que hasta de Job se estremeció el oído.

Cuando al Cristo la turba á ver alcanza, ciega, á pedir su redención se alienta, allí donde ni un rayo de esperanza ilumina una cara amarillenta.

Y al ver todos que el célebre avariento imploraba del Cristo la ternura, casi casi gustaron un momento dolor moral, crucifixión sin muerte.

— ¡Redímenos, Señor! gritan en masa, en bronco acento, las malditas gentes, ya que abre tu poder, por donde pasa, de amor y de bondad plácidas fuentes. —

Y los ángeles dicen: — ¡Adelante! — mitigando piadosos sus quebrantos, mientras Cristo mostraba en su semblante la sublime tristeza de los santos.

De su moral crucifixión rendido, el Cristo respondió con labio inerte: — Yo no os traigo el perdón; el vuestro os Y pálido siguió como la muerte. (pido. —

Para escapar de la legión maldita, mirando al Cristo, de valor escaso, Jesús el Mago ante el maestro grita: — Abrid de Dios á la justicia paso! —

Del día en que nacieron blasfemaban, y el seno maldecían de su madre; y rumiando su cólera, gritaban: — ¡Ni Jesucristo es Dios, ni Dios es Padre! —

Y Jesucristo Dios, cuando esto oía, hacia un lado volvía la cabeza, pues más que ver sufrir, sufrir quería, prefiriendo el dolor á la tristeza.

Después el Cristo, de sufrir cansado, sustraído al desprecio y al insulto, fué andando, por los ángeles cercado, entre su inmensa irradiación oculto.

Su sed de sacrificios no saciada, Cristo, entre tanto, con dolor se abisma en la paciencia, esa virtud amada, que saca la ventura de sí misma.

Marchando hacia la luz de las estrellas, las almas tras su Dios, con paso lento, andando fueron, sin dejar más huellas que las aves que cruzan por el viento.

Cuando, al salir el Cristo, en su agonía, miró del cielo hacia el azul sombrío, vuelto á su Padre celestial, decía: — ¿Dónde estarán las lágrimas, Dios mío? —

Saliendo el Redentor tres veces santo de la negra mansión, al sol cerrada, por el ajeno mal sufría tanto, que ya no padecía casi nada.

Y no pudiendo hallar ni dar consuelo, dijo al pie de la cruz el que, afligido, sintió después, hasta en el mismo cielo, el peso de un dolor desconocido:

«No castigues, mi Dios, detén tu mano. La culpa lleva en sí su propio azote. Es de sí mismo el corazón humano la víctima, el altar y el sacerdote.

» Vuelve á mis hombros, celestial madero. ¿Dónde hay carga mayor que la existencia? El peso de la cruz es bien ligero ante el peso moral de la conciencia.

» Ayer, por redimir almas perdidas, dejé la vida en tí crucificado; mas hoy, sin redimir, gastó mil vidas mi corazón, de angustia gangrenado.»

Rogando al Padre así, baja la frente; y el que muerte en la cruz sufrió con calma, hoy á su pie cayendo, llora y siente, tras la pasión del cuerpo, la del alma.

En torno de él, con aire funerario, tanto número de ángeles veía, que con sus blancas alas, el calvario cubierto por la nieve parecía.

Y á un fulgor de la luna mortecino, después hacia el sepulcro caminaba, y un arcángel, mostrándole el camino, como se guía á un niño, le guiaba.

Y al fin, con el dolor de otra agonía, á su tumba volvió desfallecente, el que ocupó, saliendo al tercer día, la diestra de Dios Padre eternamente.

ESCENA XLVI

María de Bethania

LUGAR DE LA ESCENA: La tumba de Lázaro

PERSONAJES

MARIA DE BETHANIA. — JESÚS EL MAGO. — HONORIO

ARGUMENTO

Muestra Jesús el Mago á Honorio los sitios por donde llevaron preso á Cristo. Luego le conduce al sepulcro de Lázaro, donde dejó dormida á María de Bethania. La despierta Jesús el Mago, y vuelve á hacer andar al tiempo que había hecho retroceder hasta la noche del primer Viernes Santo. Viendo pasar el tiempo, va leyendo María la historia, y ve la muerte de Cristo, después á los evangelistas, luego á los apóstoles, los mártires, los santos, los doctores y los héroes cristianos. Ve también los hechos de Jesús el Mago. Suena la trompeta del Juicio, á que son llamados los personajes del poema, y Honorio sigue á Jesús el Mago y á María de Bethania hacia el valle de Josafat.

Dice á Honorio Jesús, enternecido:
«Allí dejó la túnica escapando,
y porque Dios piadoso lo ha querido,
me sobreviví á mí, ya sé hasta cuándo.

»Premiando allí mi religioso celo,
me dijo el Redentor: — *Presente ó ausente,
sígueme por la tierra y por el cielo,
invisible ó visible, eternamente.* —

»Encontrando, al volver, á mi adorada
allá rendida al sueño, por mi mano
la traje aquí, dormida y encantada,
á la tumba de Lázaro, su hermano.

»Yo adoraba á María, cariñoso,
y ella á mi fe correspondía, tierna,
con ese amor del corazón piadoso,
que es en la vida una costumbre eterna.»

Y apartando la roca de la entrada,
Jesús y Honorio hallaron, aquel día,
dormida, al mismo tiempo y encantada,
en la tumba de Lázaro, á María.

Sordo, en el hueco de la peña rota,
ni lleva un son el viento ni lo trae,
mientras rezuma en él la eterna gota,
que amenaza caer, pero no cae.

Como dentro de una ánfora de arcilla,
sentada en el sepulcro de su hermano,
con el codo apoyado en la rodilla,
y la barba en la palma de la mano,

A María, soñando, recostada,
con el rostro encontraron descubierta,
tan fresca como el agua presentada
por un ángel á Agar en el desierto.

Cubría, como espléndido tocado,
una gasa rayada su cabeza,
cuyo extremo, cayendo por un lado,
aumentaba, si cabe, su belleza.

— ¡Despiértate! ¡Despiértate, María! —
Jesús le dijo, y á su voz amada,
se despertó la joven, que dormía,
por más de quince siglos encantada.

Ella siempre apacible, y él risueño,
lo mismo que una hermana y un hermano,
como si fuese al despertar de un sueño,
se cogieron entrambos de la mano.

De su boca, después, medio entreabierta,
roja como la flor de la granada,
viendo á Honorio en penumbra hacia la puerta,
lanzó un suspiro de paloma ahogada.

Mientras Jesús la mira, satisfecho,
al fuego de sus púdicos amores,
de ella, ondulante, el agitado pecho,
mueve el collar de piedras de colores.

Como el tiempo obediente, y semejante
á una niebla que sombras proyectaba,
fantástico, hacia atrás y hacia adelante,
cual un río de luz, se deslizaba;

A la voz de Jesús, dulce é imperiosa,
volvió á marchar el tiempo detenido,
y jamás, al volar, la mariposa
los céfiros cruzó con menos ruido.

— ¡Andad! — siguió Jesús, y vió María,
concentrándose el tiempo y la distancia,
una faja de niebla, que corría
tan vaga como un sueño de la infancia.

Renovando después, sin dejar huella,
de todo lo pasado la memoria,
corriendo el tiempo por ante ellos y ella,
como un lienzo sutil pasó la historia.

Honorio con encanto la escuchaba,
sonreía Jesús, mientras María,
mirando aquella gasa que pasaba,
cual si fuese sonámbula, decía:

«El que da al cojo pies, al sordo oídos,
al malo bendición, luz al que espera,
que aboga por los seres afligidos,
y á todos los culpables regenera,

»Muere en la cruz, siendo del pobre hermano,
del enfermo salud, del ciego día,
tutor del niño, apoyo del anciano,
guardián del loco, y del imbécil guía.»

Viendo á Dios redimir, con pena tanta,
á todo humano ser que débil peca,
la voz se le anudaba en la garganta,
y tenía la boca ardiente y seca.

Nombra después las cosas y los hombres
en un éxtasis plácido ó terrible,
y de ellos parecía que los nombres
le dictaba un espíritu invisible:

— ¡Mateo! ¡Marcos! ¡Lucas! ya ilumina
á los pueblos gentiles vuestra ciencia,
y siembra Juan la fraternal doctrina
que inspira la equidad y la clemencia. —

Continuando su espíritu, embebido
en el encanto aquel, de su alma dueño,
esto añade, entre frases sin sentido,
cual respondiendo al diálogo de un sueño:

— ¡Venciendo siempre con la paz la guerra,
con diligente pie, con fuerte mano,
Pedro y Pablo ya borran de la tierra
la pisada indeleble del romano!... —

Y murmuraba así distintamente,
expresando su amor ó sus enojos,
palabras que veía con la mente,
coloquios que escuchaba con los ojos:

— ¡El gran mártir Esteban! ¡Y Lucía,
cuya alma admira y cuya voz encanta!
¡E Inés, y Eulalia, y Ursula! seguía,
¡un ángel! ¡una mártir! ¡una santa!... —

Y al ver que cruzan por el aire vano,
de mártires y vírgenes los coros,
del corazón detiene, con la mano,
los latidos profundos y sonoros.

— ¡Ved á Tomás, tan sabio como honesto
angélico doctor! — siguió, encantada;
y miraba con ansia, al decir esto,
un objeto invisible su mirada.

Conforme el lienzo aquel, una por una,
las glorias todas al pasar bosqueja,
la rueda ve girar de la fortuna,
que levanta, derriba, toma y deja.

La sangre inútil que vertió la gloria,
con ojos por la pena entristecidos,
ve en el lienzo pintado de la historia,
donde están vencedores y vencidos;

Y al mirar tan atroz carnicería,
sintiendo una evangélica tristeza,
— ¡He aquí la gloria! — prorrumpió María,
é inclinó pensativa la cabeza.

Y continuó después: — Allí mostrando,
en cuerpo juvenil, ánimo fuerte,
va la de Arco á los héroes enseñando
que honra la vida el despreciar la muerte. —

Y al vago curso de la gasa aquella,
viendo, admirada, de Jesús el celo,
sus hechos fué leyendo á través de ella,
cual detrás de una luz se mira un velo.

Y ¡Bien, Jesús! — decía, entusiasmada,
María de Bethania; — no lo dudes:
excepto el obrar bien, no importa nada;
pasa la gloria y quedan las virtudes.

»Y, pues, sembraste la virtud sin gloria,
diste el favor, y se ocultó tu mano,
mereces bien de mi alma, de la historia,
de tí, de Dios y el corazón humano

»Que vertieses semillas de consuelo
sobre el trono del sol, Cristo dispuso,
desde el gran día en que entre tierra y cielo
la sangre de Jesús Dios interpuso.»

Fué encantada y feliz, viendo aquel día
doctores, santos, héroes y ermitaños,
y en óptica ilusión vivió María,
en un día, la vida de mil años.

Llegando aquí, las rocas se cuartejan
á un gran rumor tan lúgubre y tan fuerte,
que en la cueva en que están, revolotean
los siniestros terrores de la muerte.

Al escuchar Jesús tan claro indicio
de algún caso inaudito, sobrehumano,
«¡María! — prorrumpió, — vamos á juicio,
nosotros, Paz, Honorio y Palaciano.

»¡Feliz, pues, muero! ¡Sígueme, María!»
Y detrás de Jesús, María avanza.
«¡Animo, Honorio, y vamos! — proseguía; —
¡con la ayuda de Dios todo se alcanza!»

Dando á Honorio la fe que en ellos arde,
se acercan al Cedrón con pie seguro,
ya envueltos por la bruma de la tarde,
bruma de perla de color oscuro.

En pos de ellos Honorio caminando,
de la tarde á los últimos fulgores,
paso á paso los sigue recordando
las culpas de sus vidas anteriores;

Pues piensa ver la eléctrica hermosa,
ceñida en torno de la verde palma,
de aquella que ama con feroz ternura,
con la fe de la carne y la del alma.

Cuando su cuerpo columbrar creía,
se ahogaba de placer, sintiendo estrecho
aquel hueco espacioso que tenía,
latiendo el corazón, dentro del pecho.

Nunca Honorio temió; mas cuando enfrente
del Dios del cielo y de sus culpas se halla,
le inquieta ese cuidado que se siente
la víspera de un día de batalla.

Cuando en pos de Jesús iba María,
del valle angosto hacia el recinto santo,
una niebla de luz los envolvía,
que, pareciendo un sueño, era un encanto.

ESCENA XLVII

La última cuenta

LUGAR DE LA ESCENA: *El valle de Josafat*

PERSONAJES

PAZ. — HONORIO. — SOLEDAD. — JESÚS EL MAGO — MARÍA DE BETHANÍA

ARGUMENTO

Llamados á juicio Soledad, Paz, Honorio y Palaciano, los que murieron aquel día acuden también al valle de Josafat al oír la trompeta del ángel. Este los invita á presentarse al Juez Supremo para ser juzgados; pero todos se niegan á presentarse á Dios voluntariamente y huyen espantados. Al entrar Honorio en el valle ve á Soledad, que llega en espíritu y sin el cuerpo, que un día aniquiló ella misma transformada en rayo. Se lamenta Honorio de verla convertida en espíritu puro; y entonces Satanás se le aparece y arroja sobre él el rayo impregnado en las cenizas de Soledad, y recogido por él en el infierno, adonde bajan todos los rayos que caen del cielo, para estrellarse sobre la frente de Satanás. — Exaltación y fuga de Honorio, hasta que cae rendido cerca del huerto de Gethsemani.

Mientras reinaba una quietud completa,
llamando á Paz, á Honorio y Palaciano,
el ruido se escuchó de una trompeta,
espantoso, inaudito, sobrehumano.

Jesús el Mago y la ideal María
con ellos van también, cuando los llama
de Josafat al valle, en aquel día,
el Dios que sufre, que perdona y que ama.

Creyendo el juicio universal llegado,
grupos de muertos al Cedrón sombrío
acuden por un lado y otro lado,
como van los arroyos hacia un río.

Vuelta hacia el suelo la fulgente espada,
de una sublime palidez cubierto,
un ángel, colocándose á la entrada,
dejó de par en par el valle abierto.

Van los muertos llegando uno por uno,
su larga cuenta á liquidar postrera;
mas no entra allí con voluntad ninguno,
por más que el ángel dice: Entre el que quiera.

Nadie al Cedrón con voluntad descende
para saber, en su terrible imperio,
la postrera verdad, que el hombre aprende
en la hora del último misterio.

Los muertos con terror ven de soslayo
aquel Dios que penetra el pensamiento,
que parte el universo con un rayo,
y su polvo infeliz siembra en el viento.

Espanta á su razón, siempre turbada,
la justicia tan justa como tierna,
que da, en cambio del don de una nonada,
el don feliz de una ventura eterna.

De aquel valle, á que tantos acudían,
campo final de las humanas glorias,
las faldas de los montes parecían
barrancos de cenizas y de escorias.

Cayendo de un impío y de otro impío,
se ve, de su terror presagio cierto,
bajar por el Cedrón de llanto un río,
que á perderse después corre al mar Muerto.

Para emprender sin miedo aquella entrada,
no hay limpio corazón ni pecho fuerte;
pues, al aspecto del Cedrón, son nada
estos hondos terrores de la muerte:

¡El rayo que destroza, cuando brilla,
el techo paternal siempre adorable!
¡La corriente que arrastra la barquilla
á un escollo del mar inevitable!...

¡La gota con más hiel de nuestro llanto!
¡El incendio voraz que en torno estalla!
¡El insomnio que sigue á un gran espanto!
¡La hora que precede á una batalla!...

¡Lo que inventa un cerebro delirante!
¡La decepción de una esperanza cierta!
¡El bandido que acosa al caminante,
que con la punta del puñal despierta!...

¡Punto negro que anuncia la borrasca!
¡Pavoroso reptil que silba fiero!
¡El hielo frágil que, al romperse, chasca
bajo el peso del pie de algún viajero!...

¡El espectro del pálido asesino!
¡El lobo que olfateándonos aúlla!
¡Fiero el león que ruga en un camino!
¡El tigre vil que en el juncal maúlla!...

¡Pena imprevista que de horror nos hiela!
¡Sierpe que oculta se desliza y mata!
¡La nave que es llevada á toda vela
al borde de una inmensa catarata!...

¡El cercano volcán que ondea inquieto!
¡El último ¡ay! de la postrer tortura!
¡La vista de un fantasma en esqueleto
en medio de una ardiente calentura!...

¡Los muertos que, al pasar, dejan los ríos!
¡La inundación que arrastra las cabañas!
¡Cuanto causa en la sangre escalofríos,
cuanto tuerce y destroza las entrañas!...

¡Más que todo esto, el corazón asusta,
al llegar á su trono de esplendores,
la justicia tan tierna como justa
del que vino á salvar los pecadores!

El ángel de la entrada inútilmente,
cual Moisés á la zarza, les decía:
— ¡Dios está ahí! — pues hasta el más valiente,
de miedo de dar cuenta, se volvía.

— ¡Dios está ahí! — con faz de moribundo,
temiendo del Señor á la presencia,
va diciendo éste á aquél... y es que en el mundo
es un juez implacable la conciencia.

Cuando su voz los ecos repetían,
era tal su temor, que á voz en grito,
bajando las cabezas prorrumpían:
— ¡Desplomaos, montañas de granito! —

Temiendo oír una fatal sentencia,
ninguno para entrar la planta mueve;
que la cuenta final de la existencia
nadie con Dios á liquidar se atreve.

Y es que tal vez más hondo que ese valle
es de nuestra alma el insondable abismo,
pues no hay un solo ser que en calma se halle
frente á frente de Dios y de sí mismo.

De horror sobrecogidos, y sintiendo
el torcedor que parte las entrañas,
van huyendo del valle y repitiendo:
— Caed sobre nosotros, ¡oh montañas! —

Y con ellos también, despavoridas,
al ver tanto terror, huyen algunas
de esas almas que, estando arrepentidas,
son buenas como niños en las cunas.

¿Qué falta eterna, original, se encierra
del corazón en el profundo abismo?
Dios de amor! Dios de amor! ¿no hay en la tierra
un hombre que esté en paz consigo mismo?

Vió Honorio á Palaciano que llegaba,
y hacia el valle con fe marchó derecho;
y al ver que Paz, guiándole, pasaba,
quiso saltar su corazón del pecho.

Pasó María, y á Jesús el Mago
viendo Honorio también, gritó afligido:
— Tenía en este mar en que naufrago
una tabla á que asirme, y la he perdido. —

Después, como una estrella, por Oriente
ve á Soledad hermosa apareciendo;
y mientras él la mira indiferente,
ella le ve llorando y sonriendo;

Y al presentir Honorio que venía
de su martirio á recibir la palma,
prorrumpió con más tedio que agonía:
— No me queda ya de ella más que el alma!

Viendo acercarse con mortal desmayo
su espíritu sutil como el vacío,
— ¡Destruído aquel día por el rayo,
viene sin cuerpo! — dice, y ¡siente frío!

«¡Oh sol sin luz! — entre angustiado y fiero,
viendo el alma sin cuerpo, se decía. —
¡No quiero en mí su espíritu; yo quiero
esconder en su cuerpo el alma mía!

»¡Hoy, sin carne en su frente immaculada,
de aquel cielo de amor astro remoto!
¡Ya es la sola adorable y adorada,
bella flor sin aroma, espejo roto!»

De Satanás surgiendo la figura
del fondo del abismo de repente,
de Honorio al lado con horror fulgura,
cual brilla del volcán la lava ardiente.

«¡Gloria — dice — al que en honda simpatía
oye entre goces de placer febriles
la pasión tempestuosa que oyó un día
rugir en sus ensueños juveniles!

»Desde que yo, con el infierno en guerra,
perdí, rebelde al cielo, la batalla,
todo rayo de Dios cae en la tierra,
baja, y al fin, sobre mi frente estalla.

»De tu carnal pasión prendado un día,
te recogí este rayo en el infierno,
que aniquiló aquel ser que es todavía
tu incurable dolor, tu amor eterno.